

A LOS 40 AÑOS DEL CONCILIO

Cuarenta años después... y siempre

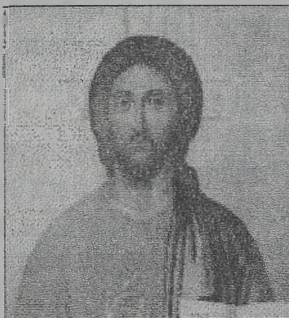
«Ustedes nos han abandonado»: así les decía hace unos años una sencilla mujer en la República Dominicana, tras sufrir el terrible paso del huracán que arrasó casas y enseres, a los dos misioneros que, con enorme generosidad y esfuerzo, le acababan de entregar, como a tantos otros damnificados, los materiales indispensables para hacerse al menos una vivienda rudimentaria. «¿Cómo nos puede decir eso? —replicó uno de ellos—, ¡si les estamos dan-



do lo que necesitan para tener donde cobijarse!» La respuesta de la mujer no pudo ser más elocuente: «¡Sí, pero llevan un mes sin darnos Misal!» Evocando estas palabras el pasado domingo, jornada del DOMUND 2002, este misionero confesaba su bochorno, pero más aún su gratitud, ante esta mujer que a ellos, ¡evangelizadores!, les había evangelizado.

Acaba de tener lugar en el Vaticano un congreso internacional, a los diez años de la publicación del Catecismo de la Iglesia católica, y, en la audiencia a los participantes, el Papa ha calificado al Concilio Vaticano II de brújula segura para los creyentes del tercer milenio, ya que representa el punto de constante referencia, y de tal modo que bien puede llamarse el Catecismo del Vaticano II. De este modo, Juan Pablo II ha querido unir esta celebración con la del 40 aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II que tiene lugar también en estos días, y el corazón de su discurso no deja lugar a equívocos: el Catecismo del Vaticano II «reconduce todo contenido de la catequesis a su centro vital, que es la persona de Cristo Señor». Exactamente lo que aquella sencilla mujer dominicana misionaba a sus misioneros.

La preocupación que impulsó al Papa Juan XXIII a convocar el Concilio del siglo XX se solía concretar en el término «aggiornamento», la puesta al día de la Iglesia ante un mundo lleno de avances en el campo de la ciencia y de la técnica, que habían revolucionado la vida de la Humanidad y que requería una Iglesia adaptada a la nueva situación. El diálogo con el mundo moderno



era ciertamente un objetivo prioritario; tanto es así, que la Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual (*Gaudium et Spes*) se convirtió en un punto neurálgico del Vaticano II, pero sin olvidar, lógicamente, que su primera mirada la dirigía la Iglesia sobre sí (*Lumen Gentium*), precisamente para ser ella misma, es decir, para reconocer la presencia que la constituye, que no es otra que Cristo Señor, el verdadero protagonista del Concilio, como acaba de recordar Juan Pablo II.

Como aquellos misioneros misionados por la mujer dominicana, en estos 40 años —sobre todo en los primeros—, han sido muchos los que, con frecuencia, se han olvidado de ese protagonismo, porque más bien se quedaron en la anécdota sin entrar en la realidad del Concilio. ¿Qué necesitaba, y sigue necesitando, el mundo moderno sino al Único capaz de salvarlo? ¿Y qué necesitaba, y necesita, sino que la Iglesia sea lo que es: el Cuerpo, la carne de Cristo? Alguien ha dicho, y con toda la razón, que no es posible entender el Concilio sin Juan Pablo II, a la vez que no es posible entender al joven arzobispo de Cracovia, convertido en el anciano Papa que ha conducido a la Iglesia hasta el tercer milenio, sin el Vaticano II. A lo largo de estos 40 años se han podido comprobar esas tres partes de las que todo Concilio se compone, según decía con su profunda fe, y por eso mismo con su profundo realismo, el Papa Juan en los primeros momentos de la preparación del Vaticano II: la primera, la del demonio, que revuelve los papeles; luego, la de los hombres, que los confunden; y, por fin, la del Espíritu Santo, que acaba iluminando y poniendo cada cosa y a cada cual en su sitio.

No otra cosa que esta fe cargada de realismo es lo que está detrás de una anécdota que habla por sí sola de ese centro vital del Concilio, y de la vida entera, Cristo ayer, hoy y siempre, cuyo protagonismo, justamente, hace posible el nuestro, cuyo Señorío sobre nosotros, justamente, nos permite ser plenamente libres. Cuando Juan XXIII proyectó el Concilio y comenzaron algunas reticencias, uno de sus más cercanos colaboradores le dijo: «Santidad, eso no se puede hacer para 1963». Y el Papa no dudó un instante la respuesta: «Estupendo, entonces lo haremos en 1962».

(Alfa & Omega)